

# “May de Lisboa e dos Portuguezes todos”

## *Imágenes de reinas en el Portugal de los Felipes*

Ana Isabel López-Salazar

### *Introducción*

En 1602, el padre Sepúlveda, jerónimo del monasterio de San Lorenzo de El Escorial, refería, en sus conocidos *Sucesos*, el descontento de los portugueses ante la ausencia continuada del monarca. Según Sepúlveda, “dicen que *non habemus regem*, y esto dicenlo porque el que tienen no le conocen”<sup>1</sup>. La reciente historiografía lusitanista ha insistido en este hecho que caracteriza el período de los Felipes: si bien Portugal conservó su particularismo regnícola —gracias a los términos en que se produjo su agregación a la Monarquía Hispánica— se vio obligado a sufrir la constante ausencia del monarca<sup>2</sup>. La permanencia de la corte del rey católico en Madrid dio lugar a una literatura apologética y encomiástica de la ciudad de Lisboa, que se veía privada de la presencia del soberano. Como es lógico, estas obras laudatorias de la ciudad del Tajo evocaban, claro está, la figura del rey, cabeza de la monarquía<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Fray J. de Sepúlveda, *Historia de varios sucesos*, publicada por el padre fray J. Zarco Cuevas, *Documentos para la Historia del Monasterio de San Lorenzo el Real de El Escorial*, Madrid 1924, p. 314.

<sup>2</sup> F. Bouza Álvarez, “A «saudade» dos reinos e a «semelhança do rei». Os vice-reinados de príncipes no Portugal dos Filipes”, en *Portugal no Tempo dos Filipes. Política, Cultura, Representações (1580-1668)*, Lisboa 2000, pp. 109-126.

<sup>3</sup> Cf. entre otros ejemplos, L.M. de Vasconcelos, *Do sitio de Lisboa*, Lisboa 1608, y fray N. de Oliveira, *Livro das grandezas de Lisboa*, Lisboa 1620. Sobre esta literatura de exaltación

Ahora bien, si la ausencia del monarca fue un aspecto fundamental de la historia lusa durante el tiempo de los Austrias, no podemos olvidar que ésta implicó, asimismo, la falta de la reina. Durante los sesenta años de Unión Dinástica, Portugal careció de la presencia física de la soberana. Esta realidad contrasta con la enorme importancia política que tuvieron las mujeres de la realeza tanto antes de la llegada de los Austrias a Portugal como tras la Restauración. Las regencias de Catalina de Austria y Luisa de Guzmán, así como el papel político desempeñado, más tarde, por María Francisca de Saboya son buena prueba de ello. Pero, aun antes de quedar viudas, tanto Catalina de Austria como Luisa de Guzmán participaron en la vida política durante los reinados de don João III y don João IV, respectivamente. Veamos sólo un par de ejemplos. En 1643, ante el problema surgido por la movilización de los familiares del Santo Oficio para servir en el ejército, don Francisco de Castro, inquisidor general, decidió tratar el asunto primero con la reina Luisa de Guzmán antes de dirigirse a don João IV<sup>4</sup>. Cien años antes, el nuncio Ricci había escrito al cardenal Farnesio sobre la reina Catalina de Austria comparando su capacidad política con la de su hermano, el emperador Carlos V:

*Vostra Signoria Reverendissima habbia per amor de Dio questa advertenza che sempre che se scrive al re [João III] se scriva anchora a la regina [Catalina], perché, come ho detto, è il totum continens. [...] È savia e accorta come l'imperatore et è bene tenerne conto*<sup>5</sup>.

Sin embargo, entre la muerte de doña Catalina y el golpe de estado del primero de diciembre, la reina permanece lejana y ausente y su figura pierde importancia política en Portugal. En primer lugar, ninguna soberana de la casa de Austria viajó nunca al reino luso. Felipe II y, más tarde, Felipe III entraron en él cuando ya estaban viudos, mientras que Felipe IV lo hizo cuando todavía era príncipe de Asturias. No obstante, a pesar de que, en comparación con el período anterior y el posterior, las esposas de los Felipes tuvieron una implicación y

---

de la ciudad del Tajo, *vide* F.J. Bouza Álvarez, “Lisboa Sozinha, Quase Viúva. A Cidade e a Mudança da Corte no Portugal dos Filipes”, en *Portugal no Tempo dos Filipes...*, pp. 159-183.

<sup>4</sup> Carta de don Francisco de Castro a don João IV del 14 de octubre de 1643. Publicada por A. Baião, “El-Rei D. João IV e a Inquisição”, en *Anais da Academia Portuguesa da História, ciclo da Restauração de Portugal*, vol. 6 (Lisboa 1942), pp. 24-26.

<sup>5</sup> Carta de Giovanni Ricci a Alejandro Farnesio del 22 de septiembre de 1545. Publicada por Ch.-M. de Witte, *La correspondance des premiers nonces permanents au Portugal. 1532-1553*, Lisboa 1980, II, pp. 486-493.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

relevancia política menor, no podemos olvidar que, en varias ocasiones, se pensó en mujeres para ocupar el lugar de *alter ego* del monarca en el reino luso. Así, por ejemplo, en 1582 la emperatriz María, procedente de Alemania, llegó a Portugal acompañada de su hija la archiduquesa Margarita de Austria para reunirse con su hermano Felipe y con su hijo, el cardenal-archiduque Alberto. En un principio, Felipe II sopesó la posibilidad de nombrarla virreina y durante las Cortes de Tomar el estado eclesiástico pidió al monarca que, cuando regresase a Castilla, entregase el gobierno de Portugal a la emperatriz a la que podría asistír su hijo el cardenal Alberto<sup>6</sup>. Muchos años más tarde, casi al final de la Unión Dinástica, Felipe IV eligió a su prima Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mantua, como virreina de Portugal<sup>7</sup>.

Ahora bien, la imagen –si bien estereotipada e ideal– de la reina permaneció muy viva en las mentes lusas. De hecho, la trascendencia política, social y religiosa de las soberanas quedó definitivamente consagrada en 1625 con la canonización de Isabel, esposa de don Dinis, que dio lugar a una literatura de exaltación de las virtudes de la llamada “*rainha santa*”. Pero Isabel no fue el único modelo o espejo de reinas difundido durante el tiempo de los Austrias. En 1626, el padre agustino fray Luis dos Anjos publicaba en Coimbra su *Iardim de Portugal*, en el que recogía las vidas de mujeres santas y virtuosas, desde reinas y princesas –“*cedros do monte Libano*”, las llama fray António da Purificação en la dedicatoria– hasta humildes campesinas<sup>8</sup>. Entre una multitud

<sup>6</sup> Según unas noticias relativas al tiempo de la anexión de Portugal, Felipe II habría pedido a su hermana que viajase hasta Lisboa “com determinação de lhe entregar o governo de Portugal”; BNP, FG. Cód. 7180, *Factos sucedidos em Portugal* (letra del siglo XIX o XX), fols. 38v-39v. Cf. *Patente em que vam incorporados os capitulos que os tres estados destes reinos apresentarão a Sua Magestade*, cap. II del estado eclesiástico, en F.J. Bouza Álvarez, *Portugal en la Monarquía Hispánica (1580-1640): Felipe II, las cortes de Tomar y la génesis del Portugal católico*, Madrid 1986, p. 985. Como sabemos, Felipe II nombró finalmente virrey a su sobrino el cardenal-archiduque Alberto que, al mismo tiempo, desempeñó los oficios de *legado a latere* del papa y, desde 1586, inquisidor general. Cf. F.J. Bouza Álvarez: “A «sauda-de» dos reinos e a «semelhança do rei»...”, pp. 121-122.

<sup>7</sup> Sobre el virreinato de Margarita de Saboya, vide J.-F. Schaub, *Le Portugal au temps du comte-duc d’Olivares (1621-1640). Le conflit de juridictions comme exercice de la politique*, Madrid 2001.

<sup>8</sup> Fray L. dos Anjos, OSA, *Iardim de Portugal em que se da noticia de algũas Sanctas, & outras mulheres illustres em virtude, as quais nascerão, ou viverão, ou estão sepultadas neste Reino, & suas cõquistas*, Coimbra 1626.

de santas, religiosas, beatas, princesas y mujeres de toda clase y condición social, ocupan un lugar destacado en esta obra las soberanas. Y no deja de resultar significativo que se trate, sobre todo, de portuguesas casadas con monarcas castellanos o de infantas castellano-aragonesas que llegaron a ser reinas de Portugal<sup>9</sup>. Entre ellas, fray Luis dos Anjos cita a una hija de los Reyes Católicos –María, esposa de don Manuel– y a una hermana de Carlos V –Catalina, mujer de don João III– así como a la princesa doña Juana, hija del emperador y madre del desdichado don Sebastião. Y es que, como veremos más adelante, en un momento caracterizado por la ausencia física y por la limitada capacidad de intervención política de la soberana en los asuntos portugueses, la exaltación de sus virtudes podía constituir un medio muy útil para criticar el mal gobierno de los hombres del rey.

#### *Un antecedente difuso: doña Ana de Austria*

Parece ser que la intención primera del Rey Prudente era entrar en Portugal junto a su esposa, Ana de Austria. De hecho, sabemos que ésta participó de forma activa en la negociación con las oligarquías lusas durante los dos años anteriores a la aclamación de Felipe II como rey Portugal. Buena prueba de ello es que los ministros de Felipe II se encargasen de fijar claramente el modo en que, no sólo el soberano, sino también su esposa debían dirigirse a los diferentes aristócratas, eclesiásticos y corporaciones de Portugal<sup>10</sup>. El cardenal don Henrique murió el 31 de enero de 1580 antes de designar un sucesor; los gobernadores no

<sup>9</sup> Entre las portuguesas que fueron reinas de Castilla, fray Luis dos Anjos cita a Constanza, mujer de Fernando IV, y Beatriz, de Juan I. Las infantas castellano-aragonesas que aparecen en el *Iardim de Portugal* son Urraca, esposa de don Afonso II; santa Isabel, de don Dinis; Leonor, de don João II; María, de don Manuel, y Catalina, de don João III. En la obra sólo se menciona una reina procedente de fuera de la Península Ibérica, Felipa de Gante, mujer de don João I.

<sup>10</sup> AGS, Estado, Portugal, leg. 398. Fols. 32-33: Carta de don Cristóbal de Moura a Antonio Pérez del 30 de enero de 1579 en la que le envía los sobrescritos y encabezamientos que suelen utilizar los reyes de Portugal; BNE, Ms. 2062, fols. 501r-503v: *Principios y sobrescritos de las cartas que avia de escribir la Reyna nuestra señora* (sin fecha). Sabemos, por ejemplo, que Ana de Austria escribió a la marquesa de Villa Real, AGS, Estado, Portugal, leg. 405, doc. 50: Carta de la marquesa de Villa Real a la reina Ana de Austria del 2 de marzo de 1579.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

se atrevieron a hacerlo y la estancia de Felipe II en la frontera extremeña se fue prolongando. El 14 de marzo, la reina Ana, acompañada por las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela y por el príncipe don Diego, partía de Madrid con destino a Guadalupe para reunirse con el monarca. También en marzo, el duque de Osuna y don Cristóbal de Moura presentaban ante las Cortes de Almeirim las mercedes que Felipe II concedería a Portugal cuando fuese aclamado rey. Entre otras gracias, el rey católico se comprometía a que la reina admitiese a su servicio, en su casa, a mujeres de la nobleza lusa <sup>11</sup>.

Los hechos posteriores son de sobra conocidos. El 19 de junio, don António, prior de Crato, era aclamado rey en Santarém y, como consecuencia, el duque de Alba entraba en Portugal. El 25 de agosto, Alba derrotaba a los partidarios de don António en la batallada de Alcântara y ocupaba la ciudad de Lisboa. Triunfaba de este modo la causa filipina, a pesar de que continuasen focos de resistencia antoniana. Una de las primeras medidas del duque fue sustituir a los miembros del Ayuntamiento de Lisboa nombrados por el prior de Crato y reponer en su lugar a los anteriores. El 14 de septiembre, el nuevo Ayuntamiento

<sup>11</sup> Que la Reyna nuestra señora terná assimismo de ordinario en su serviço señoras principales y damas a las cuales favorecerá y hará merced casándolas en su tierra y en Castilla...

*Memorial de las gracias y mercedes que el Rey nuestro señor conçedera a estos Reynos...*, n° 20; en F.J. Bouza Álvarez, *Portugal en la Monarquía Hispánica...*, p. 958. De hecho, durante toda la Unión Dinástica numerosos portugueses, tanto hombres como mujeres, sirvieron a Margarita de Austria y a Isabel de Borbón en sus propias casas. María Paula Marçal Lourenço y Félix Labrador Arroyo han llevado a cabo minuciosos estudios de estos lusitanos que se integraron en las casas de las reinas y han demostrado que se trató de un grupo muy relevante no sólo cuantitativamente sino, sobre todo, desde el punto de vista cualitativo, dados sus vínculos familiares y clientelares. Así, baste recordar que Rui Mendes de Vasconcelos, futuro conde de Castelo Melhor, y Francisco de Moura Corte Real, hijo del conde de Castel Rodrigo, fueron respectivamente, mayordomo y caballerizo mayor de Margarita de Austria. Por su parte, don Francisco de Melo, conde de Assumar, fue el mayordomo mayor de Isabel de Borbón. *Vide* M.P. Marçal Lourenço, “Servir y honrar a las reinas de España en el tiempo de la Unión Ibérica: el caso de las élites políticas portuguesas”, en M.V. López-Cordón y G. Franco (coords), *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, VIII Reunión científica de la Fundación Española de Historia Moderna, Madrid 2005, pp. 357-370, y F. Labrador Arroyo, *La casa real portuguesa de Felipe II y Felipe III: la articulación del reino a través de la integración de las elites de poder (1580-1621)*, Madrid 2007, y “Relación alfabética de criados de la Casa de la reina Margarita de Austria (1599-1611)”, en J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La monarquía de Felipe III. La Casa del Rey*, Madrid 2008, II, pp. 781-929.

aclamó públicamente a Felipe II como rey de Portugal por las calles de Lisboa <sup>12</sup>. Pero pronto la alegría del rey católico se vio empañada: el 26 de octubre moría Ana de Austria en Badajoz y su cuerpo era trasladado al panteón real de El Escorial. Muchos años más tarde, el conde de Ericeira, en su *História de Portugal Restaurado*, afirmaría que la muerte de la reina –a la que reconocía “*ornada de muytas virtudes*”– era el justo castigo de Dios a Felipe II por haber usurpado el reino a la duquesa de Bragança <sup>13</sup>.

No deja de resultar significativo que la primera ceremonia real en la ciudad de Lisboa tras la aclamación de Felipe II fuesen las honras de Ana de Austria. El propio duque de Alba, ayudado por el *meirinho-mor*, don Duarte de Castelo Branco, y por el *mordomo-mor* se encargó de organizar las pompas fúnebres y, para ello, puso gran cuidado en que se siguiesen en todo momento las costumbres lusas. Cuando llegó a Lisboa la noticia de la muerte de la soberana, se ordenó que doblasen todas las campanas de la ciudad y se repartieron lutos a los miembros de la capilla real y a los mozos de la cámara y de la caballeriza. El 9 de febrero, pasado el carnaval, se celebraron las exequias en la catedral <sup>14</sup>. Felipe II, que supervisaba la ceremonia, decidió instrumentalizarla y utilizarla para fines políticos. Así, ordenó que presidiese las honras don Jorge de Almeida, arzobispo de Lisboa e inquisidor general, y que predicase el obispo de Leiria, don António Pinheiro. La elección de estos dos eclesiásticos encerraba una finalidad muy clara. En este momento, Almeida era el prelado de mayor relevancia política: firme colaborador de don Henrique hasta su muerte, fue el único obispo que formó parte del consejo de gobernadores instituido por el cardenal para que rigiese el reino hasta que se nombrase un sucesor. Además, era el pastor de la principal archidiócesis del país, la de la cabeza del reino. Y, lo que no dejaba de resultar inquietante para Felipe II, siempre había mantenido una postura muy ambigua en la crisis dinástica; no había apoyado claramente al monarca católico hasta la victoria del duque de Alba y, aún después de la conquista de

<sup>12</sup> P. Roiz Soares, *Memorial*, leitura y revisão de M. Lopes de Almeida, Coimbra 1953, p. 67.

<sup>13</sup> L. de Meneses, conde de Ericeira, *História de Portugal Restaurado*, Lisboa 1679, p. 30.

<sup>14</sup> Cartas del duque de Alba a Gabriel de Zayas, del 3 de noviembre de 1580, y a Felipe II, del 27 de enero de 1581. Carta de Jerónimo de Arceo a Gabriel de Zayas del 5 de febrero de 1581; publicadas en *CODOIN* 33, pp. 221-227, 490-494 y 524-525. Carta del duque de Alba a Felipe II del 10 de febrero de 1581; publicada en *CODOIN* 34, pp. 9-10.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

Lisboa, había seguido en contacto, más o menos directo, con el prior de Crato. Probablemente, ordenarle que presidiese la primera gran ceremonia de la nueva dinastía no era sino una forma de domesticarle y de integrarle, si bien reconociendo su preeminencia, en el régimen que ahora se inauguraba <sup>15</sup>. Del mismo modo, la elección de don António Pinheiro para que predicase en el funeral de la reina tampoco era casual. Según el Rey Prudente, el obispo de Leiria,

con su mucha doctrina y elocuencia, acompañada de la cristiandad y buenas partes de que Dios le ha dotado, y *con la voluntad y afición que tiene a mis cosas*, hará este oficio como la cualidad de la materia lo requiere <sup>16</sup>.

Como sabemos, a diferencia de Almeida, Pinheiro había sido el obispo que de forma más decidida y clara había apoyado al monarca católico en el pleito sucesorio. Junto a estos dos prelados, en las honras fúnebres por la reina Ana participaron, según Pedro Roiz Soares, todos los clérigos y frailes de la ciudad de Lisboa. Precisamente, los religiosos habían constituido uno de los principales motivos de preocupación del monarca católico durante los años de crisis dinástica, debido a su mayoritaria oposición a la candidatura filipina y a su apoyo al prior de Crato. Como en el caso de Almeida, integrarlos en las ceremonias de exaltación de la casa de Austria podía constituir un medio muy eficaz de acallar sus críticas y su oposición a la nueva dinastía <sup>17</sup>.

Apenas hubieron concluido las honras por la reina, el arzobispo don Jorge de Almeida y el obispo don António Pinheiro se trasladaron a Tomar, donde, en abril, se reunieron las cortes que juraron a Felipe II y al príncipe don Diego. Precisamente, Pinheiro fue el encargado de pronunciar el discurso con el que se

<sup>15</sup> Sobre el papel político de don Jorge de Almeida durante la crisis dinástica, *vide* J.P. Paiva, “Bishops and Politics: The Portuguese Episcopacy During the Dynastic Crisis of 1580”, en *e-journal of Portuguese History* 4, nº 2 (Winter 2006), y A.I. López-Salazar Codes, *Poder y ortodoxia. El gobierno del Santo Oficio en el Portugal de los Austrias (1578-1653)*, Ciudad Real 2008, pp. 407-428.

<sup>16</sup> Carta de Felipe II al duque de Alba del 15 de diciembre de 1580; publicada en *CO-DOIN* 33, pp. 343-344. Este sermón de don António Pinheiro no llegó nunca a imprimirse ni se integró en la *Collecçam das obras portuguezas do sabio Bispo de Miranda e Leiria*, publicada por Bento José de Sousa Farinha, Lisboa 1743-1754. Tampoco hemos encontrado ningún ejemplar manuscrito ni otro tipo de referencia a él.

<sup>17</sup> “*Na see se fez hũa eça onde se lhe fez o saim*” solene com toda a cleresia e frades da cidade” (P. Roiz Soares, *Memorial...*, p. 187).

inauguraban las sesiones. En esta reunión, los tres estados, en sus respectivos capítulos, pidieron a Felipe II que volviese a casarse, en Portugal y con una mujer natural de este reino<sup>18</sup>. Sin embargo, el rey católico permaneció viudo hasta su muerte, de modo que, en tiempos del primer Felipe, Portugal vivió sin soberana.

### *Margarita de Austria y la crítica al régimen de Lerma*

Al igual que Felipe III, Margarita de Austria ha permanecido hasta hace relativamente poco tiempo relegada a un segundo plano en la historiografía sobre los Austrias. Sin embargo, la recuperación del reinado de Felipe III que se ha producido en los últimos años ha motivado, en consecuencia, un mayor interés por ella<sup>19</sup>. Además, por lo que atañe a la imagen de la reina en el Portugal de

<sup>18</sup> *Patente em que vam incorporados os capitulos que os tres estados destes reinos apresentarão a Sua Magestade*, cap. 1 del estado del pueblo, cap. VI del estado de la nobleza y cap. III del estado eclesiástico; en F.J. Bouza Álvarez, *Portugal en la Monarquía Hispánica...*, pp. 961, 979 y 986.

<sup>19</sup> Sobre el reinado de Felipe III, vide A. Feros, *El duque de Lerma. Realeza y privanza en la España de Felipe III*, Madrid 2002; B. García García, *La Pax Hispanica: política exterior del Duque de Lerma*, Leuven 1996; P. Williams, *The great favourite: the Duke of Lerma and the court and government of Philip III of Spain, 1598-1621*, Manchester-New York 2006, y J. Martínez Millán y M.A. Visceglia (dirs.), *La monarquía de Felipe III*, Madrid 2008 (4 vols). Sobre Margarita de Austria y, en general, sobre el ambiente femenino de la corte de Felipe III, vide M<sup>a</sup> J. Pérez Martín, *Margarita de Austria, reina de España*, Madrid 1961; M. Sánchez, *The empress, the queen and the nun: women and power at the court of Philip III of Spain*, Baltimore-Londres 1998; Ídem, "Confession and complicity: Margarita de Austria, Richard Haller, SJ, and the court of Philip III", en *Cuadernos de Historia Moderna* 14 (Madrid 1993), pp. 133-149; Ídem, "Pious and Political Images of a Habsburg Woman at the Court of Philip III (1598-1621)", en M. Sánchez y A. Saint-Saëns (eds.), *Spanish Women in the Golden Age. Images and Realities*, London 1996, pp. 91-107; L. Fernández Martín, "La marquesa del Valle. Una vida dramática en la corte de los Austrias", en *Hispania* XXXIX, n<sup>o</sup> 143 (Madrid 1979), pp. 558-638, y M. Olivari, "La marquesa del Valle: un caso de protagonismo político femenino en la España de Felipe III", en *Historia Social* 57 (Valencia 2007), pp. 99-126. Sobre el reino de Portugal en tiempos de Felipe III, vide C. Gaillard, *Le Portugal sous Philippe III d'Espagne. L'action de Diego de Silva y Mendoza*, Grenoble 1982; F. Olivari, *D. Filipe II*, Lisboa 2006, y J.-F. Schaub, "Dinámicas políticas en el Portugal de Felipe III (1598-1621)", en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 73 (Michoacán, México, 1998), pp. 171-211.



los Habsburgo, la figura de Margarita de Austria presenta cierta relevancia, puesto que —a diferencia de Ana de Austria o de Isabel de Borbón— desde su matrimonio con el monarca español hasta su muerte fue reconocida como soberana. Quizás por ello, contamos con más documentos para poder comprender cómo era percibida por sus súbditos lusos, frente a la escasez de referencias sobre Ana e Isabel. Buena prueba de ello es que Manuel de Faria e Sousa, en su *Epítome de las historias portuguesas*, cuando trató de las vidas de Felipe II y Felipe IV, se limitó simplemente a citar los nombres de sus esposas. Sin embargo, en el capítulo dedicado a Felipe III, afirmó que Margarita de Austria había sido “una de las mas gloriosas Reinas que tuvo esta Corona, i tuvo muchas”<sup>20</sup>.

Uno de los primeros portugueses que se entrevistaron con la nueva soberana fue don Cristóbal de Moura, antiguo favorito de Felipe II y futuro virrey. Cuando Margarita llegó a Madrid, en octubre de 1599, el marqués de Castel Rodrigo —que, como sabemos, no había viajado con el rey a Valencia— se presentó para besarle la mano y tuvo que soportar la petulancia del también portugués Rui Mendes de Vasconcelos, mayordomo de la reina, que se atrevió a darle lecciones de cómo debía comportarse. Según parece, la reina causó muy buena impresión en el experto ministro, que comunicó sus opiniones a su amigo don Juan de Silva, conde de Portalegre y a la sazón uno de los gobernadores de Portugal<sup>21</sup>.

Otras noticias sobre el aspecto físico y la personalidad de la soberana llegaban a Portugal a través de los numerosos lusos que vivían en la corte o pasaban temporalmente por ella para requerir el despacho de cargos o mercedes. Uno de ellos fue Tomé Pinheiro da Veiga, que nos dejó la mejor y más interesante descripción de la vida cortesana en el Valladolid de principios del siglo XVII. En su *Fastiginia*, especialmente en la primera parte, podemos encontrar constantes alusiones a Margarita de Austria. Pinheiro da Veiga describió a la soberana como una mujer alta y esbelta, a la que, sin embargo, afeaba el prognatismo familiar. Según nuestro portugués: “dijo una

<sup>20</sup> M. de Faria e Sousa, *Epítome de las historias portuguesas*, Madrid 1628, pp. 592-593.

<sup>21</sup> Mexor ha parecido la Reyna nuestra señora en Madrid que en Valencia y assi vengo a creer que es la mejor opinión esta segunda que Vossa Senhoria tambien aprueba.

Carta de don Juan de Silva a don Cristóbal de Moura, sin fecha, BNE, Ms. 981, fols. 87v-88v.

tapada, viéndola: ‘El *per signum crucis* de la Reina, no hay más que desear; mas del *de inimicis nostris liberanos, Domine*’”<sup>22</sup>. Además, comunicó a su correspondiente en Lisboa ciertos hábitos de la reina, como su buen apetito, su habilidad para bailar o su austeridad, que Veiga achacaba a la estrechez de la corte de Gratz: “no es nada pródiga, como quien no se crió en muchas larguezas”<sup>23</sup>.

Los tres momentos principales de la vida de Margarita de Austria como reina católica —su matrimonio, el nacimiento del heredero y su muerte— dieron lugar a fastuosas celebraciones en los diferentes territorios de la Monarquía, cuyos relatos aparecieron pronto impresos. No obstante, a diferencia de lo que ocurrió en otros lugares, parece ser que en Lisboa no se organizaron festejos por el matrimonio entre Felipe III y Margarita, probablemente debido a la peste que azotaba el reino<sup>24</sup>. Por ello, la imagen portuguesa de Margarita de Austria quedó definida en las fiestas que tuvieron lugar con motivo del nacimiento del príncipe Felipe, futuro monarca, en 1605, y en las honras fúnebres celebradas en distintas ciudades del reino tras la muerte de la soberana en 1611. Ahora bien, en la primera de estas dos ocasiones, Margarita apareció en un lugar secundario, reducida a su papel de madre del futuro rey. Por contra, en sus funerales se proyectó una imagen mucho más definida, rica y variada de la soberana.

El 8 de abril de 1605, nació en Valladolid el príncipe Felipe, el ansiado heredero al trono. Para celebrar tan feliz acontecimiento, don Francisco de Bragança, entonces visitador de la Universidad de Coimbra, decidió organizar un acto de acción de gracias en la iglesia del monasterio de Santa Cruz. Pero ese mismo mes era nombrado rector de la Universidad don Francisco de Castro, que, con el tiempo, llegaría a ser obispo de Guarda e inquisidor

<sup>22</sup> T. Pinheiro da Veiga, *Fastigia o fastos geniales*, Valladolid 1973 (ed. de N. Alonso Cortés), p. 100. Las palabras “*per signum crucis de inimicis nostris liberanos, Domine*” se pronuncian al persignarse y concretamente la expresión “*de inimicis nostris*” se corresponde con la cruz trazada sobre la boca.

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 59.

<sup>24</sup> Sobre el matrimonio entre Felipe III y Margarita de Austria y el viaje de ésta desde Gratz, *vide* J. Rainer, “*Tú, Austria feliz, cástate*. La boda de Margarita, princesa de Austria Interior, con el rey Felipe III de España. 1598/99”, en *Investigaciones históricas* 25 (Valladolid 2005), pp. 31-54.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

general<sup>25</sup>. Y Castro ordenó que la ceremonia se celebrase, no en Santa Cruz, sino en el convento de Santa Clara, ante la tumba de la reina Isabel de Portugal, a la que los lusos consideraban ya santa. El doctor Gabriel da Costa pronunció el sermón que fue publicado junto a numerosos poemas anónimos, escritos, según parece, por diferentes profesores y alumnos de la Universidad, en los que se festejaba el nacimiento del príncipe<sup>26</sup>. En estos versos, muchos de dudosa calidad literaria, podemos encontrar algunas alabanzas a la figura de Margarita como madre del príncipe. Así, cierto autor proclama:

Tu bella Margarita que qual alva  
Trae al mundo día tan hermoso,  
De que otro nuevo siglo de oro empiece.  
Recibe la alegría, fiesta, y salva,  
Que en honra de tu parto venturoso  
El Cielo escucha, y toda tierra offrece<sup>27</sup>.

Y, más adelante, otro poeta asegura que:

Y pues mi humilde bos tan poco suena.  
Haré, que quede eternamente escrita  
La gracia, y la virtud, de que estáis llena.  
Porque venere el más Bárbaro Scytha,  
Y el más sublime morador de Atlante  
Aquella en gracia, y nombre Margarita,  
En luz pyropo, y en valor diamante<sup>28</sup>.

Como vemos, se trata de textos que nos dicen muy poco de cómo se percibía o se quería percibir a la soberana en Portugal, puesto que se limitan a repetir

<sup>25</sup> Sobre don Francisco de Castro, *vide* T.L.M. Vale, “D. Francisco de Castro (1574–1653) reitor da Universidade de Coimbra, bispo da Guarda e inquisidor-geral”, en *Lusitania Sacra*, 2ª série, 7 (Lisboa 1995), pp. 339–358.

<sup>26</sup> *Augustissimo Hispaniarum Principi recens nato Philippo Dominico [...] Natalitium Libellum dedicat Academia Conimbricensis iussu D. Francisci de Castro a Consiliis Catholicae Majestatis & eiusd? Academiae Rectoris*, Coimbra 1606. Sobre los versos que se publicaron en esta obra, véase el estudio del profesor J.A. de Freitas Carvalho, “Fiestas en la Universidad de Coimbra por el nacimiento de un príncipe”, en *Aulas y saberes. VI Congreso internacional de Historia de las Universidades hispánicas*, Valencia 2003, pp. 277–290.

<sup>27</sup> *Augustissimo Hispaniarum Principi...*, soneto, fol. 66v.

<sup>28</sup> *Ibidem*, tercetos, fol. 68v.

expresiones estereotipadas construidas a partir de la homonimia entre Margarita (reina) y margarita (perla y flor). Por ello, resulta mucho más interesante el sermón del padre Gabriel da Costa. Este profesor de Teología se convirtió en un auténtico experto en prédicas de alabanza a la casa de Austria dentro de celebraciones organizadas por la Universidad de Coimbra. En 1599 había elaborado el sermón para las exequias de Felipe II y en 1611 será también el encargado de la homilía en las honras fúnebres de Margarita de Austria <sup>29</sup>. En el texto de 1605 aparecen ya algunas imágenes de la reina que caracterizarán las oraciones fúnebres de 1611: su piedad, su afecto a los portugueses y su devoción a Antonio de Padua, el santo más querido por los lusos. Costa recoge en el sermón cierto rumor de que la reina deseaba viajar a Lisboa para encomendar al príncipe recién nacido a San Antonio. Según creemos, este rumor –si realmente existió– no sería más que un recurso utilizado por ciertos grupos de la oligarquía lusa para reclamar que los reyes viajasen a Portugal pues, como sabemos, ésta fue una súplica constante de los portugueses durante todo el reinado de Felipe III <sup>30</sup>. Precisamente, en junio de 1605, tras el nacimiento del príncipe, el antes citado Tomé Pinheiro da Veiga, entonces en Valladolid, refería que tal vez los monarcas viajarían a Portugal “por ser jornada que toda la corte y la reina desea” <sup>31</sup>. Sea como fuere, Costa decidió aprovechar esta historia para encomiar la lealtad de los lusos hacia la casa de Austria y, en consecuencia, la obligación de los soberanos de corresponderles:

*não sey eu, que melhor aio se possa dar a hũ Principe, que hũ peito Portugues. [...] Não ha fiar de peito, que não seja leal, & a lealdade he propriedade antiga dos nossos portuguezes, que foi a causa porque a Magestade de el Rey Nosso Senhor que sera no Ceo deu sempre o primeiro lugar no seu amor aos nossos portuguezes* <sup>32</sup>.

<sup>29</sup> El sermón que predicó Gabriel da Costa en las honras fúnebres de Felipe II se encuentra publicado en la *Relação das exequias del Rey dom Filipe nosso senhor, primeiro deste nome dos Reys de Portugal*, Lisboa 1600.

<sup>30</sup> C. Gaillard, *Le Portugal sous Philippe III d’Espagne...*; F. Olival, *D. Filipe II...*, pp. 225-240, y P. Cardim, “Felipe III, la jornada de Portugal y las cortes de 1619”, en J. Martínez Millán, M<sup>a</sup> A. Visceglia (dirs), *La monarquía de Felipe III*, Madrid 2008, III (en prensa).

<sup>31</sup> T. Pinheiro da Veiga, *Fastiginia...*, p. 165.

<sup>32</sup> *Augustissimo Hispaniarum Principi...*, sermón del padre Gabriel da Costa, fols. 15v-16r.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

A pesar de que, como vemos, Costa recalcó los vínculos de amor entre la soberana y sus súbditos, la figura de Margarita de Austria apenas aparece en la literatura lusa del momento<sup>33</sup>. Creo que sólo le fue dedicada una obra escrita en portugués: el *Itinerario da India por terra* de fray Gaspar de São Bernardino, publicado en Lisboa en 1611. Era éste un religioso franciscano que viajó por tierra desde Oriente hasta Portugal y pasó por la ciudad de Jerusalén. En 1609, antes de llegar a Lisboa, el franciscano se detuvo en El Pardo y allí visitó a la reina católica. Según parece, ella misma le encargó que publicase la historia de su viaje y le dedicase el libro. La reina escribió sobre ello al provincial de Portugal, según refiere fray Archangelo de Messina, general de los franciscanos, lo que evidencia su interés por ver impresa esta obra<sup>34</sup>.

Sin haber llegado a visitar nunca la cuna de San Antonio, el 3 de octubre de 1611 moría la reina después de haber dado a luz al infante don Alfonso. Las ciudades de la Península Ibérica organizaron solemnes exequias por el alma de la soberana<sup>35</sup>. También tuvieron lugar en los territorios italianos de la Monarquía, como Milán, Palermo y Nápoles, donde fueron organizadas por el entonces virrey don Pedro de Castro, conde de Lemos. Fuera de la Monarquía Hispánica, se celebraron en Roma, en la iglesia de Santiago de los españoles; en Florencia,

<sup>33</sup> Sobre el amor como concepto político en Portugal durante la Edad Moderna, vide P. Cardim, *O poder dos afectos. Ordem amorosa e dinâmica política no Portugal do Antigo Regime*, Lisboa 2000.

<sup>34</sup> Gaspar de São Bernardino, OFM, *Itinerario da India por terra até este Reino de Portugal com a discripçam de Hierusalem*, Lisboa 1611. Después del prólogo de fray Gaspar se encuentra una carta del general fray Archangelo de Messina en la que refiere que la propia reina encargó al franciscano la elaboración de esta obra.

<sup>35</sup> Contamos con varios estudios de las honras fúnebres celebradas en algunas ciudades de las coronas de Castilla y Aragón: E. Alvar, “Exequias y certamen por Margarita de Austria (Zaragoza, 1612)”, en *Anales de Filología Aragonesa XXVI–XXVIII* (Zaragoza 1980), pp. 225–389; E. Montaner, “Las honras fúnebres de Margarita de Austria y de Felipe III en la Universidad de Salamanca”, en *Actas del I Simposio Internacional de Emblemática*, Teruel 1994, pp. 509–526; J. Urrea, “Exequias por la reina Margarita de Austria en Valladolid”, en *Glorias efimeras. Las Exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, Valladolid 1999, pp. 79–85; J.L. Barrio Moya, “Las honras fúnebres de la Reina Margarita de Austria en la catedral de Cuenca”, en *Cuenca 21–22* (Cuenca 1983), pp. 53–63, y M<sup>a</sup> T. López García, “Gastos en el ceremonial en Murcia en las exequias a la muerte de la reina Margarita de Austria (1611)”, en M<sup>a</sup> V. López-Cordón y G. Franco (coords.), *La Reina Isabel y las reinas de España: realidad, modelos e imagen historiográfica*, Madrid 2005, pp. 447–463.

por mandato del duque Cosme de Médici que estaba casado con María Magdalena de Austria, hermana de Margarita; en diferentes ciudades italianas y en París <sup>36</sup>. Varios de los sermones que se predicaron en España en esta ocasión fueron dados a la imprenta así como las relaciones de las exequias de Nápoles y Florencia <sup>37</sup>. También Portugal participó en las muestras de sentimiento público por la muerte de la soberana. Pero, a diferencia del caso español y del italiano, sólo existen dos sermones impresos y las relaciones manuscritas de un par de ceremonias <sup>38</sup>. Esta penuria de noticias queda también reflejada en la *Vida de la Reyna Doña Margarita*, escrita por el limosnero mayor don Diego de Guzmán. Guzmán enumeró detalladamente las ciudades de España en las que se celebraron honras fúnebres por el alma de la reina. Sin embargo, en lo que atañe a Portugal, se limitó a recordar que, al igual que las universidades de Salamanca y Alcalá, la de Coimbra también organizó un funeral, en el que predicó el doctor Gabriel da Costa <sup>39</sup>.

En 13 de octubre, dos días después de la muerte de la soberana, el secretario de Estado del Consejo de Portugal, Fernão de Matos, comunicaba la noticia al inquisidor general luso don Pedro de Castilho. Puesto que éste era también

<sup>36</sup> Sobre las honras fúnebres de Margarita de Austria en Italia, *vide* A.M. Testaverde, “Margarita de Austria, reina y dechado de virtudes”, en *Glorias efímeras. Las Exequias florentinas por Felipe II y Margarita de Austria*, pp. 213-223. Según Testaverde, se celebraron exequias en Milán, el 22 de diciembre de 1611; en Florencia, el 6 de febrero de 1612; en Vgevano, el 10 de ese mes; en Palermo, el 16; en Roma, el 25; en Nápoles, los días 26 y 27; en Parma, el 5 de marzo, y en Bari.

<sup>37</sup> G. Altoviti, *Essequie della Sacra Cattolica e Real maesta di Margherita d’Austria regina di Spagna celebrate dal Serenissimo Don Cosimo II*, Florencia 1612; O. Caputi, *Relatione della pompa funerale che si celebrò in Napoli, nella morte della Serenissima Reina Margherita d’Austria*, Nápoles 1612; *Orazione del signor Francisco Zazzera gentiluomo napoletano, in morte da Seren<sup>ma</sup> e Cattolica Margherita d’Austria reina di Spagna*, Roma 1612; *Poesías diversas compuestas en diferentes lenguas en las honras que hizo en Roma la nación de los Españoles a la Magestad Católica de la Reyna D. Margarita de Austria*, Roma 1612.

<sup>38</sup> BA, 51-I-70: *Relação breve das sollemnes exequias que a Universidade de Coimbra fez a serenissima rainha nossa senhora*. Por su parte, la *Relação das exéquias que a camara da cidade do Porto fez polla Rayna nossa senhora: donna Margarita de Austria: aos 14 e 15 de novembro; de 611* se encuentra publicada en el apéndice a la edición de la obra del padre Luís de Sousa Couto, *Origem das procissões da cidade do Pôrto*, Porto 1936.

<sup>39</sup> D. de Guzmán, *Reyna Católica. Vida y muerte de D. Margarita de Austria Reyna de Espanna*, Madrid 1617, p. 266r.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

capellán mayor de Portugal presidió el oficio de difuntos y la misa en la capilla del palacio real de Lisboa los días 21 y 22 de octubre <sup>40</sup>. Además, durante este mes y el siguiente se celebraron exequias por todo el reino: en la iglesia de San António de Lisboa, el 26 de octubre; en la capilla de la Universidad de Coimbra, los días 14 y 15 de noviembre; en la iglesia de la Misericordia de esta ciudad; en las catedrales de Évora, el 19 de noviembre, y de Oporto, los días 14 y 15, y en la colegiata de Nossa Senhora da Oliveira de Guimarães. En Évora, organizó las exequias el arzobispo don José de Melo, mientras que en Oporto fueron preparadas por la Cámara municipal y en la Universidad de Coimbra se debieron a la iniciativa del entonces rector don João Coutinho.

Como decimos, disponemos de los sermones impresos que predicaron fray André de Guimarães en Lisboa y Sebastião da Costa de Andrada en Évora y de una copia manuscrita del de Gabriel da Costa. Por contra, conocemos muy poco del sermón que predicó fray Cristóvão da Sande en Oporto y no sabemos nada del que pronunció fray Roque de Soveral en la Misericordia de Coimbra <sup>41</sup>. En estas alocuciones, los predicadores recogieron, recopilaron, interpretaron y difundieron una imagen arquetípica e ideal de Margarita de Austria. En parte, esta concepción de la soberana concuerda con la que presentaron los religiosos que predicaron en las honras fúnebres celebradas en otras ciudades de la Península Ibérica. Pero, al mismo tiempo, los sermones portugueses recurrieron a algunos elementos muy efectistas con los que recalcaron los vínculos de unión y amor entre la reina y Portugal.

En los tres sermones que se han conservado, los predicadores presentaron a Margarita de Austria como una reina santa. “*Hũa raynha tão santa*” la llamó

<sup>40</sup> BA, 51-VIII-13, fols. 298r-300v: Carta de Fernão de Matos a don Pedro de Castilho del 13 de octubre de 1611. Ibídem, 51-VIII-10, fol. 88r: Carta de don Pedro de Castilho al conde de Villanova del 21 de octubre de 1611.

<sup>41</sup> BA, 51-I-70, fols. 26r-53v: *Sermón del padre Gabriel da Costa*; S. da Costa de Andrada, *Sermão qe o doutor Sebastiam da Costa Dandrada conego magistral na See de Evora fez nas Exequias da Augustissima Rainha de Hespanha donna Margarida de Austria que na mesma Sê se celebrarão em 19 do mes de Novembro de 1611 Annos*, Lisboa 1611; Fray A. de Guimarães, *Sermão que pregou o padre frey Andre de Guimarães leitor iubilado, e guardião do Convento de são Francisco de Lisboa, nas honras & exequias que a Cidade fez na sua Igreja de S. Antonio a muy Catholica Rayna Dona Margarida nossa Senhora, a 26 de Outubro de 1611*, s.l., s.a. [1611]. Sobre estos predicadores, vide J.F. Marques, *A Parenética Portuguesa e a Dominação Filipina*, Porto 1986, pp. 129 y 335-336 (nota XXVII).

fray André de Guimarães y, por su parte, Sebastião da Costa de Andrada mantuvo que Margarita había sabido unir “*estado de rainha com vida de santa*”. Según Gabriel da Costa, Margarita, sin haber leído a San Agustín, recurrió a la misma representación que el de Hipona para explicar el fin de todo lo mundano; para Costa, “*pode bem ser que lho comunicasse elle [San Agustín] porque santos entre si se comunicação*”. Sebastião da Costa de Andrada fue más allá y estableció una analogía entre la Virgen, como madre del Hijo de Dios, y Margarita, como mujer del rey católico. Según este predicador, cuando el embajador de Felipe III fue a declararle que casaría con el rey de España, la encontró en su oratorio ocupada en ejercicios espirituales, al igual que el arcángel Gabriel había hallado a María cuando fue enviado para anunciarle la Buena Nueva <sup>42</sup>. Como sabemos, la imagen de la reina santa contaba con una larga tradición en la cultura y la religiosidad portuguesa. No podemos olvidar que en estas fechas y por iniciativa de los propios monarcas tenía lugar el proceso para canonizar a la reina Isabel <sup>43</sup>.

Asimismo, en estos sermones, los oradores ofrecieron una imagen de Margarita como modelo de mujer religiosa y piadosa. No obstante, unos y otros no coincidieron a la hora de señalar las principales prácticas religiosas de la reina. Así, Gabriel da Costa consideraba que era muy devota del Espíritu Santo y de San Juan Evangelista; Sebastião da Costa de Andrada, de la Pasión de Cristo y del Santísimo Sacramento, y fray André de Guimarães de Cristo Sacramentado y de San Francisco de Asís <sup>44</sup>. Y los predicadores no se olvidaron de recordar que

<sup>42</sup> Sobre los modelos de la santidad femenina real o aristocrática del Antiguo Régimen, vide S. Cabibbo, “Una santa en familia. Modelos de santidad y experiencias de vida (Italia, siglos XVII-XIX)”, en *Studia Historica. Historia Moderna* 19 (Salamanca 1998), pp. 37-48.

<sup>43</sup> Sobre la reina Isabel de Portugal, vide Á. San Vicente, *Isabel de Aragón. Reina de Portugal*, Zaragoza 1971. Sobre la imagen y el culto a la reina santa, vide Á. Muñoz Fernández, *Mujer y experiencia religiosa en el marco de la santidad medieval*, Madrid 1988.

<sup>44</sup> Según Jerónimo de Florencia:

entre otras grãdes devociones q. con ellos tenia, las especialissimas erã quatro. La primera con el Espirito Santo, la segunda cõ el Santissimo Sacramento, la tercera con nuestra Señora, la quarta con san Iuan Evangelista.

*Sermon segundo, que predico el padre Geronimo de Florencia religioso de la Compañía de Jesús, y predicador del Rey N. S. en las honras que hizo a la Magestad de la serenissima Reyna doña Margarita N. S. (que Dios tiene) la nobilissima villa de Madrid en Santa María, a los 19 de Diciembre de 1611, dirigido al duque marqués de Denia, Madrid 1612, fol. 15v. De acuerdo con*



la reina había fundado el monasterio de La Encarnación de agustinas recoletas junto al alcázar de Madrid <sup>45</sup>. Además en estos sermones portugueses, Margarita apareció como ejemplo de mujer modesta, humilde, caritativa y compasiva. A diferencia de Sebastião da Costa de Andrada, tanto Gabriel da Costa como fray André de Guimarães se hicieron eco de un relato muy difundido en la época y que aparece también en otros sermones predicados en España. Al parecer, cuando el embajador español fue a comunicarle que iba a casar con el rey de España, Margarita se encontraba junto a su madre en un hospital de Gratz atendiendo a los pobres y a los enfermos <sup>46</sup>. Y Andrada, por su parte, al elogiar la caridad de la soberana no dudó en establecer un paralelismo entre Margarita y la reina-santa, a quien las monedas que llevaba para repartir entre los pobres se le convirtieron en rosas. Así,

*se a sancta Isabel Rainha de Portugal em vida as esmolos dos pobres nas mãos se lhe convertiam em rozas; com quanta rezão podemos confiar que a esta nossa sancta Rainha de Espanha a hora da morte as esmolos dos pobres se lhe converterião não sò em rozas mas em pedras preciosas* <sup>47</sup>.

Aunque Margarita nunca había estado en Portugal, los predicadores se esforzaron en vincularla a este reino y a sus súbditos lusos, es decir, en hacer de

---

el jesuita Pedro González de Mendoza, la reina era muy devota del Santísimo Sacramento, de la Virgen María y del Espíritu Santo: *Sermón que predicó el padre Pedro González de Mendoza, religioso de la Compañía de Jesús, en la santa Iglesia de Toledo primada de las Españas, en las honras de la serenísima Reyna de España doña Margarita de Austria, muger de la Magestad del Rey don Felipe tercero, nuestro señor, Martes 21 de Diziembre de 1611, Toledo 1612, fol. 17.*

<sup>45</sup> Sobre el monasterio de La Encarnación, vide M.L. Sánchez Hernández, *El monasterio de la Encarnación de Madrid. Un modelo de vida religiosa en el siglo XVII*, Salamanca 1986; V. Tovar Martín et alii, *Real Monasterio de La Encarnación de Madrid*, Madrid 2005.

<sup>46</sup> Esta historia se repite en los sermones del trinitario fray Andrés de Espinosa, del jesuita Pedro González de Mendoza y del capuchino fray Mauro de Valencia: *Relación de las honras que hizo la Universidad de Salamanca a la Reyna doña Margarita de Austria, nuestra señora, que se celebraron miércoles nueve de noviembre del año MDCXI siendo rector don García de Haro y Sotomayor hijo del marqués del Carpio...*, Salamanca 1611, fol. 25v (del sermón de fray Andrés de Espinosa); *Sermón que predicó el padre Pedro González de Mendoza...*, fol. 15; *Sermón predicado en la real capilla a Sus Magestades y Altezas, en las honras de la señora doña Margarita de Austria su madre, reyna de España, a tres de octubre año 1626*, Madrid 1626, pp. 14-15. También la recoge don Diego de Guzmán en su *Reyna Catolica...*, fol. 46v.

<sup>47</sup> S. da Costa de Andrada, *Sermão...*, fol. 13r.

ella una reina propiamente portuguesa. Para ello, echaron mano de varios elementos. En primer lugar, la presentaron como descendiente de la casa real portuguesa:

*era do mais exçellente, do mais antigo, e do mais real sangue dos reis de Espanha, de Portugal e das Esturias; do alto sangue dos reis godos, de toda a casa de Austria e do melhor dos Cesares*<sup>48</sup>.

Al mismo tiempo, como ya hemos dicho, la compararon con la reina Santa Isabel lo que, por otra parte, venía a reforzar los vínculos de unión entre los distintos territorios de la Península Ibérica pues, como sabemos, la esposa de don Dinis era una infanta aragonesa. Precisamente, el doctor Gabriel da Costa terminó su sermón –predicado, no lo olvidemos, en Coimbra, donde estaba enterrada la *rainha santa*– con una referencia al encuentro entre estas dos soberanas en el Paraíso. Según el canónigo, cabía imaginar que Santa Isabel agradecería a Margarita, “*sua descendente*”, el cuidado con que trató de su canonización y el amor que mostró por Portugal<sup>49</sup>. Años más tarde, fray Luis dos Anjos, en su ya citado *Iardim de Portugal*, volvería a insistir en este vínculo de unión entre las dos soberanas. Según el agustino, cuando se abrió el sepulcro de Santa Isabel para confirmar que estaba incorrupta, se encontró su bordón y la bolsa en la que llevaba el dinero para las limosnas. Entonces, las clarisas decidieron quedarse con el bordón y enviar a Margarita de Austria la bolsa<sup>50</sup>. En esta misma tendencia a identificar a Margarita con soberanas lusas de enorme relevancia política pero que habían nacido fuera de Portugal podemos interpretar las palabras del inquisidor general don Pedro de Castilho: “*aqui foi sentida como a rainha dona Caterina*”<sup>51</sup>.

Además, los predicadores subrayaron la profunda devoción de Margarita por San Antonio de Padua. Y, para ello, retomaron la misma historia que el padre Gabriel da Costa había relatado en el sermón de acción de gracias por el nacimiento del príncipe: el proyecto de la reina de viajar con él a Lisboa para encomendarlo al de Padua en el lugar donde éste había nacido. Al igual que en

<sup>48</sup> Cf. el sermón del padre Gabriel da Costa: BA, 51-I-70, fol. 42r.

<sup>49</sup> BA, 51-I-70, fols. 53r-53v.

<sup>50</sup> Fray L. dos Anjos, OSA, *Iardim de Portugal...*, p. 234.

<sup>51</sup> BA, 51-VIII-10, fols. 88r: Carta de don Pedro de Castilho al conde de Villanova del 21 de octubre de 1611.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

el caso de Santa Isabel, los predicadores imaginaron el encuentro entre Margarita y San Antonio tras la muerte. En la iglesia lisboeta del de Padua, fray Andrés de Guimarães afirmaba:

*Eu cuydo que o sancto lhe cõprio estes desejos, mas cõpriolhos melhorandolhos, & foy desta maneira: quis que ella viesse não a casa onde elle nasceo na terra, mas levala a casa onde elle vive no Ceo, pera que ambos la vivessem, & por esta rezão cõ particular providencia do Ceo, espirou vespora do nosso Padre São Francisco esta Raynha* <sup>52</sup>.

Por último, en los distintos sermones, los clérigos presentaron a Margarita como la abogada y protectora de los portugueses ante el rey católico <sup>53</sup>. De nuevo, podemos percibir aquí una transposición de la imagen de María, considerada intercesora de los hombres ante Dios <sup>54</sup>. Para Sebastião da Costa de Andrada, la reina era “*grãde intercessora dos portuguezes diante da Real Magestade*”, mientras que, para fray André de Guimarães, “*ella sempre acodio, padrinhou, emparrou, traçou, entercedeo, favoreceo*” todo lo relativo a Portugal. Esta idea del amor entre la soberana y sus súbditos lusos se repitió también fuera de los sermones fúnebres. Así, el claustro de la Universidad de Coimbra, reunido por el rector don João Coutinho el día 20 de octubre para organizar las exequias de la soberana, acordó que, en este caso, podrían superarse los precisos límites que establecían los estatutos en atención a la religiosidad de la reina pero, también, a su amor por los portugueses. Y al día siguiente, el propio inquisidor general don Pedro de Castilho se dirigía al conde de Villanova, miembro del Consejo de Portugal, en estos términos: “*a morte da Rainha, que Deus tem, foi dano geral e maior deste reino a que mostrava afeição, Vossa Senhoria sabera se pera os seus negocios lhe fara falta*” <sup>55</sup>.

<sup>52</sup> Fray A. de Guimarães, *Sermão...*, fol. 5v.

<sup>53</sup> Sebastião da Costa de Andrada exhorta así a la reina:

pois na terra ereis tam grãde intercessora dos Portuguezes diante da Real Magestade, sedeo aguora tambem no Ceo diante da divina Magestade alcançandonos graça & gloria.

También fray Cristóvão de Sande, en la catedral de Oporto, incidió en el amor de Margarita de Austria por los portugueses y en el amparo que éstos recibían de la soberana.

<sup>54</sup> Cf. M<sup>a</sup> Á. Pérez Samper, “La figura de la reina en la monarquía española de la Edad Moderna: poder, símbolo y ceremonia”, en *La Reina Isabel y las reinas de España...*, p. 296.

<sup>55</sup> BA, 51-VIII-10, fols. 88r: Carta de don Pedro de Castilho al conde de Villanova del 21 de octubre de 1611.

En su clásico estudio de los sermones predicados en Portugal en tiempos de los Austrias, el profesor Francisco Marques sostuvo que tanto Andrada como Guimarães, en estas oraciones fúnebres que comentamos, evitaron cualquier manifestación de sometimiento político de Portugal a Castilla. Asimismo, consideró que, por su parte, el doctor Gabriel da Costa se limitó a loar las virtudes de la soberana difunta sin inmiscuirse en otros asuntos<sup>56</sup>. Como sabemos, el objetivo declarado de la obra de Francisco Marques era rastrear los ejemplos de sentimiento autonomista y de resistencia al gobierno filipino durante el período de los Austrias y, en último término, indagar la génesis del movimiento restaurador. Es decir, nuestro autor concebía la dialéctica política en términos nacionales. Pero si abandonamos la exégesis nacionalista, nos parece que podemos percibir en estos textos algo más que una simple alabanza, sin implicaciones políticas, de la soberana muerta. Es decir, a nuestro juicio, estas obras —o al menos dos de ellas— sí reflejan una toma de posición política muy determinada y concreta. Es cierto que en ellas aparece una imagen de Margarita de Austria como reina piadosa, caritativa y humilde, pero, como nos recuerda Magdalena Sánchez, tras las prácticas religiosas, sobre todo de las mujeres, se escondía a menudo una forma de poder<sup>57</sup>.

Como sabemos, la reina Margarita fue uno de los principales adversarios del duque de Lerma. A partir de 1609, tal vez antes, había empezado a fracturarse la facción del valido y comenzaban a atisbarse las críticas contra su gobierno. Quizás por ello, Sebastião da Costa de Andrada lamentaba que la muerte de la reina se hubiese producido precisamente en el momento en que “*ella com tanto zelo de proposito tratava do governo de seus reinos e reformação da justiça*” y en el que todo el mundo “*por seu meio esperava hũa grande reformação de Espanha*”. También Gabriel da Costa percibió que la reina había fallecido “*a tempo que tinha toda a autoridade com Sua Majestade*”.

Sin lugar a dudas, la crítica más clara al régimen de Lerma fue la del doctor Gabriel da Costa, cuyo sermón, no lo olvidemos, no llegó a imprimirse nunca. Conviene detenernos en ciertos pasajes de esta breve obra. Para Costa, una reina dotada con las virtudes de Margarita resultaba sumamente útil a la Monarquía porque, al ser igual al rey, era también la única persona que

<sup>56</sup> J.F. Marques, *A Parenética Portuguesa...*, pp. 129-130 (nota XXVII).

<sup>57</sup> M. Sánchez, *The empress, the queen and the nun...*, p. 175.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

podía hablarle con total libertad y transmitirle las noticias que, de otro modo, no habrían podido llegar a oídos del monarca: “*pouca gente ha que fale com principes a proveito de principes, se se lhe não iguala no lugar e no sangue*”. Además, aprovechando unas palabras de la esposa del *Cantar de los Cantares* sobre la conveniencia de cultivar personalmente la propia hacienda en vez de entregarla a arrendatarios, dejó caer una crítica más que evidente a los malos ministros: “*fazenda entregue a ministros se não são anjos, não aco-dem com os reditos e pejora em tudo*”<sup>58</sup>. Y esta heredad bien podía ser toda la monarquía.

Ahora bien, el pasaje más relevante del sermón de Gabriel da Costa se encuentra casi al final. El profesor decidió incluir íntegro un discurso del cardenal Carlos de Lorena pronunciado ante Enrique III, rey de Francia. Costa había leído el relato del encuentro entre el cardenal y Enrique III en cierta historia de Felipe II escrita por un español. Según creemos, se trata, probablemente, de la *Historia general del mundo del tiempo del señor rey D. Felipe el segundo* de Antonio de Herrera, publicada en 1606<sup>59</sup>. Pero, a diferencia del cronista castellano, Costa optó por redactar el discurso del de Lorena en estilo directo, ampliarlo y modificarlo de modo que se adaptase mejor a la situación del momento. Probablemente a su cultísimo auditorio no le resultó muy difícil comprender que las advertencias sobre el buen gobierno —puestas en boca del cardenal de Lorena— iban ahora dirigidas no al monarca francés sino Felipe III. “*Abri senhor os olhos*”, comenzaba el cardenal y nuestro predicador, para, acto seguido, exponer los males que azotaban la monarquía. El principal de ellos era que “*os que vos governão vendem tudo a dinheiro*”. Asimismo, Costa —por boca del cardenal— criticaba el enriquecimiento de los ministros: “*privados ricos empobreçem os reinos*”. Y, por último, censuraba el aislamiento del monarca. Esta inaccesibilidad, aunque no era una novedad de tiempos de Felipe III, sí constituyó una actitud fomentada por el duque

<sup>58</sup> BA, 51-I-70, fol. 47v.

<sup>59</sup> Pensamos que Gabriel da Costa conocía el discurso del cardenal de Lorena a través de la *Historia general* de Antonio de Herrera porque asegura que lo leyó en una historia del reinado de Felipe II escrita por un español. A. de Herrera, *Segunda parte de la historia general del mundo, de XV años del tiempo del señor Rey don Felipe II el Prudente, desde el año de MDLXXI hasta el de MDLXXXV*, Valladolid 1606; BA, 51-I-70, fol. 47v: *Sermón...*

de Lerma hasta extremos desconocidos a fin de reforzar su propio poder y su influencia sobre el rey <sup>60</sup>. Oigamos al profesor conimbricense:

*Lembrovos senhor, que os que valem, e podem convosco tem postos em todos os lugares e em todos os tribunais seus parentes e amigos pera que com elles cerrem as portas a liberdade e a verdade, de modo que vos não possa chegar, porque se lhe tem tomadas todas as entradas pera não poder chegar a vossa pessoa real.*

Ahora bien; de acuerdo con la versión de Antonio de Herrera, el cardenal de Lorena no hizo referencia en ningún momento a la influencia perniciosa de los malos ministros ni de los privados sobre el rey y tampoco aludió al aislamiento del monarca <sup>61</sup>. Y es que, mientras que el propósito del cardenal francés era apartar a la reina madre Catalina de Médici del gobierno, el padre Gabriel da Costa se refería al régimen de Lerma. En realidad, hacia 1611, este sistema había dado ya signos de debilidad. Por ello, Gabriel da Costa no perdió la ocasión de alabar el papel de la reina en esta lucha contra los malos consejeros:

*Não sabeis vos que loguo quando Sua Magestade começou a governar nos annos passados ouve hum ministro que levava a via que em França [la Francia de Catalina de Médici] se levava? Acodio a Rainha Nossa Senhora fazendo as advertencias que convinha a elRei, que apagou o mal e fez que corressem as cousas como devião.*

Este ministro acusado de corrupción era, con toda probabilidad, don Pedro de Franqueza, conde de Villalonga, que había sido detenido en enero de 1607 y procesado junto a Alonso Ramírez de Prado, ambos hechuras del privado.

<sup>60</sup> A. Feros, *El duque de Lerma...*, capítulo 4.

<sup>61</sup> De acuerdo con el relato de Antonio de Herrera, el cardenal Carlos de Lorena: dixo al Rey, entendiendo por la madre, que tan hermosa Monarquía no era bien fuese gobernada por una muger, y que convenia embiarla a su tierra: y que abriese los ojos, porque los hōbres no tenían en un Reyno mas biẽ que las riquezas, viendo que se adquirían con dineros las honras y dignidades, dexavan los tratos, y compravan los cargos, por lo que se avia buuelto venial quando en aquel Reyno se solia ganar con la virtud, de dōde nacio la deslealtad, y la corrupcion de aquel Estado: del qual, si no se remediava, no se podía esperar cosa buena: y que todo el mal dependia del gobierno de mugeres, por lo qual era muy saludable en aquel Reyno la ley salica, y que convenia guardarla.

A. de Herrera, *Segunda parte de la historia general...*, libro 4, p. 172.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

Costa debía saber que Margarita de Austria había desempeñado un papel fundamental en la caída del secretario de Estado y, dentro de su crítica al régimen de Lerma, decidió incluir en el sermón esta victoria de la soberana <sup>62</sup>.

Esta reprobación del gobierno del valido y de su política de hechuras constituye, a nuestro juicio, el aspecto más interesante de las honras fúnebres celebradas en Portugal y, en concreto, de las exequias de la Universidad de Coimbra. Podemos establecer una fácil comparación con lo que sucedió en España, especialmente en Madrid, donde el control de Lerma resultaba, sin duda, más eficaz. Tanto en las exequias que tuvieron lugar en San Jerónimo el Real, el 18 de noviembre, como en las que celebró la villa de Madrid, el 19 de diciembre, predicó el padre Jerónimo de Florencia, de la Compañía de Jesús <sup>63</sup>. No deja de resultar revelador del contenido de estos sermones que el propio Florencia dedicase el segundo de ellos, una vez impreso, al duque de Lerma <sup>64</sup>. Tampoco encontramos atisbos de crítica política en otros sermones predicados en distintas ciudades de España, como Córdoba, Granada, Salamanca o Toledo, y que fueron dados a la imprenta <sup>65</sup>. Por el contrario, el

<sup>62</sup> Sobre la caída de Franqueza, vide A. Feros, *El duque de Lerma...*, pp. 235-237, y R. Gómez Rivero, “El juicio al secretario de Estado Pedro Franqueza, conde de Villalonga”, en *Ius Fvgit. Revista de Estudios Histórico-Jurídicos de la Corona de Aragón* 10-11 (Zaragoza 2001-2002), pp. 401-531. Sobre el papel desempeñado por Margarita de Austria, vide M.J. Pérez Martín, *Margarita de Austria...*, p. 149, nota 2, y S. Martínez Hernández, *El marqués de Velada y la corte en los reinados de Felipe II y Felipe III. Nobleza cortesana y cultura política en la España del Siglo de Oro*, Salamanca 2004, pp. 453 y 455.

<sup>63</sup> M. de Novoa, *Memorias*, Madrid 1875, I, p. 451.

<sup>64</sup> *Sermón que predicó a la magestad del Rey Don Felipe III nuestro señor el P. Gerónimo de Florencia su predicador, y religioso de la Compañía de IESUS, en las honras que su Magestad hizo a la serenissima Reyna D. Margarita su muger, que es en gloria, en S. Geronimo el Real de Madrid, a 18 de noviembre de 1611 años, dirigido al rey nuestro señor, Madrid 1611; Sermon segundo, que predico el padre Geronimo de Florencia religioso de la Compañía de Jesús, y predicador del Rey N. S. en las honras que hizo a la Magestad de la serenissima Reyna doña Margarita N. S. (que Dios tiene) la nobilissima villa de Madrid en Santa María, a los 19 de Diziembre de 1611, dirigido al duque marqués de Denia, Madrid 1612.*

<sup>65</sup> *Relación de las honras que hizo la Universidad de Salamanca a la Reyna doña Margarita de Austria, nuestra señora, que se celebraron miércoles nueve de noviembre del año MDC-XI siendo rector don García de Haro y Sotomayor hijo del marqués del Carpio...*, Salamanca 1611; *Sermon, que predico el doctor Alvaro Piçano de Palacios, Canonigo de Escritura de la S. Iglesia de Cordova, y Consultor del santo Officio: a las honras, q. la Ciudad de Cordova hizo a*

texto de Gabriel da Costa no llegó jamás a publicarse, quizás porque la propia Universidad no lo intentó o no lo consideró conveniente.

*Isabel de Borbón y la canonización de Santa Isabel de Portugal*

De las tres reinas de Portugal de tiempos de la Unión Dinástica, la única que pisó suelo luso fue Isabel de Borbón, si bien cuando todavía era princesa de Asturias. Al igual que el príncipe Felipe y la infanta María, Isabel acompañó a Felipe III en su conocida jornada a Portugal de 1619. Precisamente, en esta ocasión, el monarca organizó una pequeña casa para asistir a la princesa y a la infanta durante el viaje. Y en ella se integraron algunos portugueses, todos miembros, curiosamente, de la familia Távora. Así, de las cuatro dueñas de honor que acompañaban a las mujeres reales, una era doña Margarita de Távora, antigua dama de la reina Margarita de Austria<sup>66</sup>. Por su parte, Isabel de Borbón llevó consigo tres damas, una de las cuales era doña María de Távora, mientras que la infanta mantuvo, como menina, a doña Francisca de Távora<sup>67</sup>.

La imagen de Isabel de Borbón como reina de Portugal se caracteriza por su estrecha identificación con Santa Isabel, esposa de don Dinis. Como sabemos, en 1611, Felipe III había solicitado a Paulo V que canonizase a la reina lusa. El papa encargó la causa a los auditores de la Rota, que escribieron a los obispos de Coimbra y Leiria y al doctor Francisco Vaz Pinto, *chanceler-mor*, para que

---

*la Serenissima Reyna doña Margarita de Austria nuestra señora en la dicha santa Iglesia, dirigido al Excelentísimo Señor Duque de Lerma, Córdoba 1612; Sermón que predicó el doctor Iuan Ximenez Romero magistral de la Real Capilla de su Magestad, y cathedratico de Visperas, en las honras que hizo la ciudad de Granada a la Magestad de la catholica, y serenissima Reyna doña Margarita de Austria nuestra señora, Granada 1612; Sermón que predicó el padre Pedro González de Mendoça, religioso de la Compañía de Jesús, en la santa Iglesia de Toledo primada de las Españas, en las honras de la serenissima Reyna de España doña Margarita de Austria, muger de la Magestad del Rey don Felipe tercero, nuestro señor, Toledo 1612.*

<sup>66</sup> Sobre doña Margarita de Távora, *vide* F. Labrador Arroyo, “Relación alfabética de criados de la Casa de la reina Margarita...”, p. 908.

<sup>67</sup> J. B. Lavanha, *Viage de la católica real magestad del rey don Felipe III que está en gloria a su reyno de Portugal*, Madrid 1621. Sobre la jornada de Felipe III a Portugal, *vide* F. Olival, *D. Filipe II...*, pp. 241-257, y P. Cardim, “Felipe III, la jornada de Portugal...”.



“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

llevasen a cabo las probanzas. Finalmente, el 25 de mayo de 1625 Urbano VIII canonizaba a Isabel de Portugal. Con este motivo, ese mismo año se publicaron, tanto en Roma como en España, diversas historias de la vida de la esposa de don Dinis. Una de ellas fue obra del franciscano fray Juan de Torres, que la dedicó a la reina Isabel de Borbón. Torres sintetizó la idea de la analogía entre la “*rainha santa*” y la reina católica que, según creemos, debía encontrarse bastante extendida en el momento entre los propagandistas áulicos:

Si como dize S. Gregorio, las vidas de los Santos son espejos, en que se miran los fieles, la vida de santa Isabel es con mayor propiedad espejo de Vuestra Magestad, en quien suplico se sirva de poner sus reales ojos, y *verá como se le parece en el nombre, en el Reyno, en ser de la Tercera Orden, y en sus virtudes*<sup>68</sup>.

Cuando la noticia de la canonización llegó a Madrid, el Consejo de Portugal y una junta –formada por don Francisco de Contreras, presidente de Castilla; don Andrés Pacheco, inquisidor general; don Diego de Guzmán, patriarca de las Indias, y fray Antonio de Sotomayor, confesor real– se encargaron de preparar las fiestas tanto religiosas como profanas. Entre los días 4 y 12 de julio, se celebró una novena en el monasterio de las Descalzas Reales, puesto que Santa Isabel era tercera de San Francisco, y el 13 tuvo lugar una procesión desde la iglesia de Santa María hasta el monasterio, en la que participaron las órdenes religiosas, los Consejos de la Monarquía y el propio monarca. En ella, se encargó de portar el estandarte don Carlos de Borja, duque de Villahermosa y presidente del Consejo de Portugal<sup>69</sup>. Y en la plaza mayor hubo corrida de toros y juego de cañas, a los que asistieron Felipe IV e Isabel. A fin de que en Portugal se conociesen las celebraciones que habían tenido lugar en la corte con motivo de la canonización de la reina santa, el mismo año de 1625 se publicó, en Lisboa y en portugués, una *Relaçam das festas*. Al final de esta obrita, el autor decidió

<sup>68</sup> Fray J. de Torres, OFM, *Vida y milagros de Santa Isabel reyna de Portugal, infanta de Aragón, de la Tercera Orden de nuestro Padre S. Francisco. A la Católica y Real Magestad de la Reyna de las Españas doña Isabel de Borbón*, Madrid 1625 (la cita pertenece a la dedicatoria y la cursiva es nuestra). También en 1625, se publicó en Roma la *Vida de la gloriosa santa Isabel reyna de Portugal*, dedicada a doña Inés de Zúñiga, condesa de Olivares y duquesa de San Lúcar, traducida del italiano al español por D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga, Roma 1625.

<sup>69</sup> AHN, Estado, libro 729, s/f. Consulta de la junta del 3 de julio y billete del presidente de Castilla del 7 y 12 de julio de 1625.

copiar algunos epigramas que se habían compuesto para la ocasión. En ellos, se insistía en la imagen de Santa Isabel como reina de toda España, lo que venía a reforzar los vínculos de unión entre los distintos territorios peninsulares de la Monarquía Hispánica. Veamos uno de ellos:

*Gverra en vastas regiões / faz nossa felice Espanha / em tres de cabeça  
abaxo / se vay a enemiga esquadra.*

*Que assi como tres Coroas / principais tem seu Monarcha / a tantas ha  
respetado / o favor da Raynha santa*<sup>70</sup>.

La identificación entre la soberana y la reina santa volvió a repetirse en Coimbra, en 1630, con motivo de las celebraciones por el nacimiento del príncipe Baltasar Carlos. Al igual que había ocurrido en 1605, cuando nació el futuro Felipe IV, en 1630 la Universidad de Coimbra decidió organizar una procesión a la iglesia donde estaba sepultada la reina santa. En la misa, se leyó el capítulo primero del Evangelio de San Lucas en el que se narra el nacimiento de Juan el Bautista. El padre fray Jorge Pinheiro, profesor de Escritura, pronunció el sermón construido a partir de aquellas palabras del evangelista: “*Elisabeth impletum est tempus pariendi, et peperit filium*”<sup>71</sup>. Toda la predicación giró en torno a la homonimia entre la madre del Bautista y la del príncipe, sin olvidar, no obstante, a la tercera Isabel, la recién canonizada esposa de don Dinis. A ella se dirigía el padre Pinheiro para darle la feliz noticia del nacimiento del príncipe: “*Gloriosa sancta Isabel Raynha de Portugal e chegou o venturoso tempo do parto de Isabel Raynha de Hespanha*”<sup>72</sup>.

<sup>70</sup> *Relaçam das festas que a real villa de Madrid fez a canonização de Sancta Isabel Rainha de Portugal, molher de Dom Dinis*, Lisboa 1625. El profesor Rafael Valladares también ha subrayado que la canonización de Santa Isabel sirvió para unir las distintas coronas peninsulares: *Teatro en la guerra. Imágenes de Príncipes y Restauración de Portugal*, Badajoz 2001, pp. 52-53.

<sup>71</sup> Lucas, 1, 57.

<sup>72</sup> *Augustissimo Hispaniarum principi recens nato Balthasari Carolo Dominico Phelipii hoc nomine III Lusitaniae Regis Filio expectatissimo. Natalitium Libellum dedicat Academia Conimbricensis, iussu Francisci de Britto e Menezes a Consiliis Catholicae Majestatis, & eiusdem Academiae Rectoris*, Coimbra 1630. Al igual que había ocurrido en 1605, también ahora los profesores y alumnos de la Universidad de Coimbra compusieron diversos poemas que se publicaron junto con el sermón del padre Pinheiro. En alguno de ellos, como es lógico, se alababa a la reina Isabel, como madre del heredero. *Vide*, por ejemplo, la canción III, “Ao felicissimo Nascimento do Augustissimo Principe de Hespanha nosso Senhor”.

“May de Lisboa e dos Portuguezes todos”. *Imágenes de reinas...*

Apenas diez años después de este sermón gratulatorio, se rompía la unión entre las tres coronas peninsulares que tanto se ensalzara con motivo de la canonización de Santa Isabel. En 1640, los llamados *quarenta fidalgos* colocaban en el trono portugués a un nuevo rey, don João, duque de Bragança, y, como consecuencia, a una nueva reina, la castellana doña Luisa de Guzmán. Y en 1644 Isabel de Borbón fallecía en el alcázar real de Madrid. Precisamente, esos cuatro años que median entre la separación de Portugal y la muerte de la soberana fueron el período en el que la reina participó de forma más activa y clara en el gobierno político a raíz, sobre todo, de la caída de Olivares y de la marcha de Felipe IV al frente de Aragón. Como ha demostrado Fernando Negredo, la imagen de Isabel difundida tras su muerte se basó en su actuación política durante esos últimos años de su vida<sup>73</sup>. Pero esa imagen se crearía y divulgaría fuera ya de Portugal. Tampoco la nutrida comunidad portuguesa de la corte decidió celebrar funerales por el alma de la reina difunta, sino que optó por integrarse en las honras fúnebres oficiales<sup>74</sup>.

### *Epílogo*

En los sesenta años de Unión Dinástica, algunos portugueses estuvieron en contacto directo y cotidiano con Margarita de Austria e Isabel de Borbón, a las que sirvieron en sus respectivas casas. También pudieron conocer a las soberanas aquéllos que participaban en los organismos de gobierno de la monarquía, especialmente en el Consejo de Portugal. Fuera de este pequeño grupo, pocos debieron ser los lusos que tuvieron ocasión de ver a la mujer del rey católico. Pero, más allá del reducido círculo de la corte, la imagen y la representación de las mujeres de la realeza se difundía a través sobre todo, aunque no exclusivamente, de los sermones fúnebres. Este hecho limita bastante nuestras posibilidades

<sup>73</sup> F. Negredo del Cerro, “La gloria de sus reinos, el consuelo de sus desdichas. La imagen de Isabel de Borbón en la España de Felipe IV”, en *La Reina Isabel y las reinas de España...*, pp. 471.

<sup>74</sup> En los libros de acuerdos de la Hermandad de San Antonio de los Portugueses de Madrid no se recoge ninguna referencia a la muerte de la soberana. Agradezco muy sinceramente al señor don José de Corral, de la Hermandad del Refugio, que me permitiera consultar el archivo de San Antonio.

de conocer cómo se percibió en Portugal a las soberanas durante el tiempo de la Unión Dinástica, pues la esposa de Felipe II murió antes de las cortes de Tomar y la de Felipe IV después de la Restauración.

A pesar de estas trabas, resulta evidente que la figura de la reina difundida en el Portugal de los Austrias —y construida, no lo olvidemos, por eclesiásticos— respondió a una doble finalidad política. En primer lugar, se intentó crear una imagen portuguesa de las soberanas de la Monarquía Hispánica. En el caso de Margarita de Austria se recurrió a ensalzar los vínculos de amor con sus súbditos lusos: “*may de Lisboa e dos portugueses todos*” quiso llamarla fray André de Guimarães en la iglesia de San Antonio, en Lisboa. En el de Isabel de Borbón, se echó mano de su analogía con Santa Isabel de Portugal, canonizada en 1625. Al mismo tiempo, ciertos miembros del clero utilizaron el enaltecimiento de las virtudes de la soberana para criticar el mal gobierno de ciertos ministros y valedos. Así, frente a la tiranía del duque de Lerma, algunos lusos decidieron presentar a Margarita

*como se ella fôs natural nossa, e em nos lhe fora algũa cousa e como se Deos a tivesse aly posta por raynha, só pera em toda a occasião, e em todo o tempo nos emparar e defender*<sup>75</sup>.

<sup>75</sup> Fray A. de Guimarães, *Sermão...*, fol. 7v.